

# Una Crítica “Romántica” al Romanticismo

Jorge Aurelio Díaz  
Departamento de Filosofía  
Universidad Nacional de Colombia  
jadiazar@bacata.usc.unal.edu.co

Con motivo de los 50 años de nuestro Departamento de Filosofía, el profesor Christian Schumacher ha presentado una serie de consideraciones informales sobre el Filósofo como “Pensador Profesional”, cuya importancia las hace merecedoras de que se las considere y discuta con atención. Y digo que son consideraciones informales, porque el mismo autor nos señala que ha querido darse “el lujo de prescindir, al menos por unos minutos, de la corsetería académica” y compartir sus preocupaciones sin atenerse a citas, notas o referencias históricas. Tal vez convenga comenzar recordando, en forma muy esquemática, sus planteamientos fundamentales.

## 1. LAS TESIS DE SCHUMACHER

Después de presentar en forma caricaturesca, mediante la imagen del filósofo Schopenhauer, la concepción de la filosofía que él llama “romántica”, se pregunta por qué ella choca con “nuestra imagen de la realidad académica nacional”. Su respuesta es que de ese choque tiene la culpa precisamente esa misma imagen que él se propone criticar.

Para ello señala dos tendencias en la filosofía del siglo XX : la internacionalización y la profesionalización de la labor filosófica. A la primera le atribuye dos efectos : la creación de lenguajes comunes y el haber convertido la filosofía en un esfuerzo colectivo, más que en una labor individual. Esto, nos dice, aporta dos conceptos importantes : el de comunidad científica y el de progreso paulatino en el saber filosófico.

Por su parte, la profesionalización, que pone fin a la figura romántica del filósofo nato, puede ser atribuida a dos causas : a. al nivel de calidad tan elevado que resulta de la “supervisión crítica e inescrupulosa de decenas de ojos” provenientes de la comunidad científica, y que tal vez se pueda atribuir al propósito de hacer “filosofía por trocitos” ; y b) a la necesidad de hacer un uso más consciente de los métodos y de las herramientas filosóficas.

Por todo ello, Schumacher considera que, “si es verdad que la filosofía hoy es un oficio más complicado y difícil que nunca, precisamente por eso también será más poderoso, audaz, convincente y progresista que nunca”. Pero para ello considera necesario tener en cuenta dos efectos que se siguen de la profesionalización : el que la filosofía puede ser aprendida sistemáticamente y no tiene por qué ser el resultado de una inspiración, y lo que él llama “la presunción

de utilidad”, es decir, las expectativas que sobre ella tiene una sociedad que invierte considerables sumas para mantener departamentos de filosofía en casi todas las universidades.

Ahora bien, como la sociedad aún no nos ha definido nuestra función, los filósofos deben salir a buscarla, para lo cual puede ayudar una analogía con la función que ejercen, por ejemplo, los ingenieros. Porque si la función de éstos consiste en “evaluar la estática de construcciones existentes y producir nuevas construcciones estáticamente sólidas”, la del filósofo consistiría en “evaluar conceptos existentes y producir ideas nuevas conceptualmente sólidas”.

Luego de señalar el error de la concepción romántica, al identificar la filosofía con sus temas, nos dice que filosofar no tiene en realidad por qué consistir “en deliberaciones profundas sobre” algo, sino “en una manera específica de pensar acerca de” algo. Aunque no precisa en qué consista esa “manera específica”. De modo que la distinción importante debería ser la que se da entre filosofía teórica y práctica, porque aquella aplica el instrumental filosófico a temas, mientras que ésta se lo aplica a la realidad. Sin tener por qué “tratar de cambiar el mundo, y menos de un tajo”, la filosofía práctica incluye mercados laborales que el romántico considera indignos, como serían, por ejemplo, el de la publicidad y el de la informática.

Es entonces cuando Schumacher procede a sacar conclusiones para la enseñanza de la filosofía y la responsabilidad que nos corresponde a los profesores como docentes. Primera, tenemos que formar profesionales capaces de desempeñar su oficio o sus oficios, porque no resulta ético que descuidemos el futuro económico de nuestros egresados. Segunda, dejando a un lado la erudición histórica y el conocimiento de autores, hay que insistir en la formación metodológica. Esto le permite preguntarse, para concluir, si será posible “una filosofía sin Schopenhauer”, es decir, una concepción no romántica del quehacer filosófico.

## 2. LA CUESTIÓN DEL DINERO

Voy a comenzar mi comentario a las tesis del profesor Schumacher por el punto que, a mi parecer, más le preocupa, y que también para mí ha sido motivo de constante preocupación. Y lo hago porque considero que plantea realmente un problema al que, como profesores, no podemos sacarle el cuerpo. No resulta ético, como él bien lo apunta, que veamos pasar generaciones de jóvenes que dedican los mejores años de su vida a perseguir una quimera que, cuando ya sea demasiado tarde, van a considerar como un imperdonable engaño.

Sin embargo, mi planteamiento del problema me lleva a consideraciones que tal vez se distancien mucho de las del Profesor Schumacher. Porque no creo que realmente pueda convertirse la filosofía en una profesión rentable, salvo en el caso de los profesores o investigadores que logren —como lo hemos logrado

los profesores del Departamento—, instalarse dentro de una institución que les retribuya su labor docente o de investigación. Pensar que el egresado pueda entrar a competir, por ejemplo, dentro de la industria de la publicidad, con sólo haber realizado sus estudios de filosofía, me parece una esperanza muy ingenua. Y esto no solamente porque entraría a competir con personal especializado, sin tener la preparación para ello, sino también porque resultaría imposible idear un programa de filosofía que pudiera preparar a los futuros filósofos para todos los posibles campos donde, según la propuesta de Schumacher, podrían llegar a ejercer su profesión.

Creo, sí, que la carrera de filosofía debería permitir y hasta promover que los estudiantes pudieran desarrollar de manera paralela una carrera profesional, de modo que estuvieran en condiciones de poder entrar a competir con solvencia en el cada vez más difícil mercado de trabajo. Esto no solamente les ayudaría a resolver su futuro problema económico, que, como bien lo señala Schumacher, no puede sernos indiferente como educadores; sino que, poseedores de una sólida formación intelectual en algún campo del saber, estarían en mejores condiciones para llevar a cabo la reflexión filosófica misma.

En los inicios del Instituto de Filosofía, una gran parte de sus estudiantes provenían de otras carreras en la Universidad; pero esto se terminó cuando el reglamento prohibió que un estudiante pudiera hacer más de una carrera dentro de la Universidad Nacional. Tal vez una encuesta entre nuestros estudiantes mostraría cómo gran número de ellos llevan adelante una carrera alternativa en otra universidad. En ese caso no se trataría más que de legalizar una situación de hecho y hacerla más fácil y razonable.

Esto debería llevarnos, por otra parte, a plantear una vez más el problema del título de licenciatura en filosofía, sin el cual nuestros egresados entran a competir en condiciones de inferioridad con los egresados de las carreras de educación que poseen una formación filosófica muy inferior. La Universidad no ha querido enfrentar el problema, cuya solución no sólo tendría consecuencias laborales para nuestros egresados, sino que ayudaría a elevar considerablemente el nivel de los maestros de bachillerato: si tuvieran que competir con nuestros egresados, no hay duda de que contarían con un mejor parámetro para medir su idoneidad como docentes.

### 3. LA CONCEPCIÓN ROMÁNTICA DE LA FILOSOFÍA

Si la preocupación laboral de Schumacher es correcta, pero su propuesta de solución no lo es, estimo que se debe en parte a la manera como él concibe la filosofía. Y, en primer lugar, a la manera como critica lo que él llama la concepción "romántica" de la filosofía, que, a su parecer, es la que predomina dentro de nuestros estudiantes, y seguramente que en no pocos de nuestros profesores. Porque no solamente se trata, como él mismo lo reconoce, de una caricatura,

recurso muy válido para una retórica del panfleto, dentro de la cual nos situamos, tanto él en su escrito, como yo en mi respuesta ; sino que la presenta con caracteres tales, que sólo podría caber en una mente desquiciada.

Debemos reconocer, sin embargo, que ciertas posturas críticas, tanto de Nietzsche, como de Schopenhauer, han podido dar pie para que algunos, muy pocos a mi parecer, hayan creído que hacer filosofía implicaba entrar en un trance poético, de características cuasi religiosas. Pero esto no cabe generalizarlo, y menos aún para englobar dentro de esa crítica a todos los que hayan podido estar en desacuerdo con el carácter hegemónico que ha pretendido tomar la así llamada “corriente analítica”. Porque Schumacher, sin decirlo expresamente, parece como si sólo reconociera dos maneras de hacer filosofía : la que ha sido llamada “analítica”, y que tal vez sería mejor precisar como nominalista y empírica, y todas las demás, a las que engloba bajo el discutible calificativo de “románticas”.

No vamos a negar que, por múltiples razones, entre las que no cabe subvalorar las de carácter simplemente económico, el área anglosajona, y en particular los Estados Unidos, han venido convirtiéndose en los mayores productores de filosofía. En el ámbito universitario, esta producción masiva, dentro de la cual no dejan de haber pensadores dignos de respeto, me parece que distorsiona bastante la evaluación que podamos hacer sobre lo que se ha venido produciendo en este siglo. Será tarea de siglos venideros juzgar con la debida distancia lo que la filosofía del siglo XX haya podido significar para el desarrollo cultural de la humanidad. Pero llama la atención que el mismo Schumacher, al criticar las pretensiones “románticas” de hacer filosofía sin previa preparación, señale que tal vez “Wittgenstein haya sido el último filósofo de importancia en surgir sin haber pasado por un estudio de filosofía ordinario”. Uno tendría la tentación de preguntar si Wittgenstein no ha sido simplemente el último filósofo realmente tal que haya producido nuestro siglo. Porque, y esta es la pregunta capital ¿quién es propiamente un filósofo ?

Para responder a esta pregunta, Schumacher nos ofrece a los profesores de filosofía una visión “muy consoladora para nuestra pobre humanidad agobiada y doliente”. Nos dice : “tranquilos, que todos pueden llegar a ser verdaderos y reales filósofos, si se portan bien y trabajan adecuadamente”. Como si les dijéramos a los estudiantes de música : “tranquilos, todos podrán llegar a ser grandes pianistas, si se portan bien y cumplen con sus tareas”. Precisamente contra este falso consuelo de profesor de filosofía se rebelaron tanto Nietzsche como Schopenhauer : no hay tal; a la historia de la filosofía no tendrán derecho a acceder sino quienes posean el genio necesario y la voluntad de soledad que les permita desarrollarlo hasta sus últimas consecuencias. Los demás debemos contentarnos con ser responsables profesores, dignos transmisores de ideas ajenas, comentaristas y escoliastas. Ejecutantes, pero no compositores. Todos

estos trabajos son muy dignos y merecedores de una remuneración adecuada, ya que prestan un gran servicio a la sociedad. Pero llamarlos filósofos es perder las perspectivas, olvidar la historia, encerrarse en el tranquilo rincón de la propia existencia y pretender que las grandes figuras de la humanidad son solo un mal recuerdo del pasado.

#### 4. LA CUESTIÓN DE CALIDAD

Schumacher nos hace notar que una de las causas de la profesionalización de la filosofía ha sido sin duda la elevación del nivel de calidad en la producción filosófica, debido a la internacionalización y a la comunicación, que han hecho que la producción filosófica sólo se pueda efectuar "bajo la supervisión crítica e inescrupulosa de decenas de ojos (en muchos casos anónimos) entrenados para descubrir las menores fallas e inconsistencias etc.". Parece como si nos estuviera describiendo la prueba que los textos de los grandes filósofos han debido pasar para mantenerse dentro de la lista de los "mejores del año". Y esto no solamente durante algunos años, sino durante siglos, y no sólo ante los ojos de sus admiradores, sino también de sus más encarnizados adversarios. ¿O es que acaso Platón está en la historia de la filosofía y sigue siendo objeto de estudios y comentarios por efecto de la fama, de la propaganda subliminal, o algo así ?

Además, mucho me temo que los exquisitos controles de calidad a los que se refiere Schumacher no estén operando de manera conveniente, cuando leo la producción filosófica por exceso abundante del área anglosajona. Quien haya tenido ocasión de leer los sutiles y enrevesados escritos de la Escolástica decadente, de los siglos XIV en adelante, se sentirá tentado a pensar que estamos pasando por un período similar. También allí hubo pensadores geniales, como Francisco Suárez, pero ¡qué pocos fueron ! Y allí también la abundancia y mediocre calidad de muchos de esos escritos se debió a la profesionalización de la filosofía, que, por lo demás, no es un hecho particular del siglo XX, ni ha tenido sólo consecuencias deseables.

Estoy, sí, de acuerdo con Schumacher en la necesidad de alcanzar altos niveles de competitividad, si queremos participar en los flujos de producción filosófica del mundo moderno. Pero desgraciadamente no comparto su optimismo frente a los controles de calidad establecidos : consejos directivos de las revistas, evaluación inter pares, comités de acreditación, etc. Todos esos controles son necesarios y juegan su papel; debemos fomentarlos y hacerlos funcionar. Pero nunca podrán compararse al "juicio de la historia", del que hablaban los románticos. Y ese juicio no es simplemente una muestra de la calidad académica de los productos filosóficos, sino de su capacidad de influir efectivamente en el pensamiento y en el comportamiento de los hombres.

## 5. LA CUESTIÓN DE LA UTILIDAD

Schumacher nos señala que una de las equivocaciones de la concepción romántica consiste en creer que la filosofía tiene que ser inútil, que no puede rebajarse a pensar en la utilidad. A lo cual debemos comenzar por responder que toda la gran filosofía ha sido de una impresionante utilidad, o mejor, de una impresionante efectividad. Lo de la utilidad podría discutirse, y se ha discutido con mucha frecuencia. Porque no han faltado quienes hayan visto en la filosofía un gran peligro o una gran tentación. Y quienes así han pensado no han sido todos mediocres o ignorantes. Pero lo pensaron precisamente porque se percataron del gran poder de la filosofía para modelar el pensamiento y el comportamiento humano. Como dicen que lo dijo Nietzsche : “por donde pasan las ideas, 50 años después pasan los cañones defendiéndolas”.

Pero la cuestión de la utilidad plantea serios problemas, que no conviene olvidar. Porque si la filosofía es ante todo una defensa a ultranza de la libertad del pensamiento, mal podría someterse de antemano a las condiciones que le impongan instancias diferentes a las del propio pensamiento. Por eso me causa extrañeza la manera como se expresa Schumacher, cuando nos habla de la «desprivatización» de la filosofía, es decir, del compromiso social que implica su ejercicio : “Es evidente —dice—, que las sociedades no han definido qué esperan del filósofo y que el compromiso es por lo pronto tácito”. ¿Espera acaso que alguna vez la sociedad nos determine las funciones que debemos cumplir para justificar nuestro salario ? Esto ya lo intentó la Teología, cuando declaró a la filosofía su “ancilla”. Y en muchas ocasiones se ha querido que desempeñemos funciones de pacificación o de llamados al orden, o a la revolución. Pero yo considero que la filosofía ha sido siempre, y debe seguirlo siendo, un grito de libertad para el pensamiento, una decisión de no recibir más restricciones que las que nos imponga el mismo ejercicio del pensar.

Otra cosa es lo que cada filósofo, de acuerdo con sus particulares condiciones personales y sociales, crea que debe asumir como compromiso social. Pero esto nos lleva a otro punto espinoso, que tiene que ver con “la filosofía a pedacitos”, que, como dice Schumacher, “si bien fue declarada programa oficial (o semi-oficial) de la filosofía analítica, es notable que las demás corrientes filosóficas han adoptado el mismo método de producción con éxito considerable”.

## 6. LA FILOSOFÍA «A PEDACITOS»

Por supuesto que, como ya lo expresé anteriormente, no estoy muy seguro de ese “considerable éxito” que menciona Schumacher. Guardo para la producción filosófica del siglo XX un distante escepticismo, al que me resulta muy difícil renunciar. Pero lo que me interesa no es tanto evaluar los méritos de la labor filosófica de nuestro siglo, sino reflexionar sobre la relación que establece

Schumacher entre la "filosofía a pedacitos" y su alto nivel de calidad. Porque no veo muy bien qué tenga que ver lo uno con lo otro, aunque, claro está, de nuevo todo va a depender de la concepción que se tenga de filosofía.

Creo que uno tiene todo el derecho a ejercitar la reflexión filosófica, tal como lo han hecho innumerables filósofos en el pasado, como una manera de orientarse en la vida (*Consolatio philosophiae*). Como lo ha mostrado muy bien el hermoso libro de Pierre Hadot: *Qu'est-ce que la Philosophie antique?*, todas las escuelas filosóficas de la antigüedad fueron ante todo formas de vida, maneras de asumir la existencia y de justificar el modo de establecerse en ella. El Cristianismo vino a arrebatarnos esta tarea, haciendo posible el surgimiento de un conocimiento por completo desinteresado, abstractamente teórico, que será la matriz de la ciencia moderna y contemporánea.

Pero si la filosofía se asume como una manera de orientarse en la vida, no resulta posible hacerla "a pedacitos"; más aún, uno llega a preguntarse si hacerla así no implica no hacerla, o por lo menos hacerla a medias, dejando que todo el "resto" siga en manos de un pensamiento no crítico. La verdad es que todos tenemos "nuestra filosofía" total, por lo general bien escéptica y oscura, pero no por ello menos filosofía. Que luego ejercitemos nuestra crítica a pedacitos, es una necesidad inevitable. Pero ello no permite descartar las preguntas de carácter más global, que son las que en último término determinan nuestra manera de situarnos en la existencia.

Además, cuando la filosofía se toma como una manera de orientarse en la vida, se trata ante de todo de un ejercicio personal de búsqueda de sentido o descubrimiento del sinsentido. Esto plantea el para mí muy difícil problema de la comunicabilidad. ¿Hasta dónde es posible comunicar las consecuencias a las que cada quien ha llegado después de un arduo proceso de reflexión, si no es indicando los caminos por los cuales se ha llegado a ello? Como lo dice Hegel, en filosofía los resultados no pueden separarse del camino que se ha recorrido para llegar a ellos. Esto lo han experimentado con frecuencia los filósofos en el pasado. Porque uno bien puede llevar a cabo el mismo método y las mismas reflexiones que otros han hecho, y llegar sin embargo a consecuencias muy diferentes. Esto no sólo acontece con frecuencia, sino que podríamos decir que siempre. Como decían los antiguos: "*duo si dicunt idem, non est idem*" (si dos dicen lo mismo, no es lo mismo). Es a esto a lo que se refieren quienes dicen, con razón, que no se puede enseñar filosofía, sino a filosofar.

Esto no niega que la filosofía tenga consecuencias para la vida colectiva y que de hecho se comuniquen los métodos y los resultados, logrando que otros lleguen a estar de acuerdo con ellos y a llevarlos más adelante. Pero, para quien asume la filosofía como una manera de orientar su existencia, esto no puede ser más que secundario. Y me imagino que no se trata de negarnos el derecho de asumirla así.

## 7. LA FILOSOFÍA

Como hemos podido ver, la cuestión central consiste en la manera como concibamos el quehacer filosófico. Si se trata de una simple tarea artesanal mediante la cual colaboramos a dilucidar algunos problemas que, por alguna razón, nos hayan parecido interesantes, creo que para ello podríamos diferenciar mejor las tareas y ofrecer a cada una de ellas los instrumentos que la filosofía les puede facilitar. Es lo que se espera de los cursos de filosofía que se suelen ofrecer como complemento dentro de diversas carreras. Allí la filosofía es puramente instrumental y está al servicio de otros conocimientos, que deben ser profesionalmente muy serios.

Pero si creemos que la filosofía nos puede servir para esclarecer el sentido de nuestra existencia, para mostrarnos si hay o no sentido, y qué consecuencias extraer de ello, entonces no puede ser considerada como un simple instrumento en función de otros conocimientos, porque esto sería renunciar al aporte más significativo que ella ha hecho a la historia de la cultura occidental : la defensa sin concesiones de la absoluta libertad de pensar ; única libertad que puede llamarse absoluta, porque sólo admite las normas que ella misma se da.

Para una concepción así, el conocimiento de los grandes pensadores del pasado no resulta nunca inútil o inocuo. Es claro que para resolver problemas de la administración pública no resulta necesario saber lo que pensó Platón, o Kant, o Russell. Tampoco para orientarse en la vida es necesario saber todo lo que esos pensadores dijeron. Pero sí resulta muy enriquecedor el conocer los métodos y las conclusiones a las que ellos llegaron, buscando resolver las misma preguntas que nosotros nos hacemos. Porque, como bien lo dijo Kant, la metafísica no sólo es la más vieja de todas las ciencias, sino que es aquella que subsistiría aunque todas las demás tuvieran que desaparecer, sumidas en el abismo de una barbarie destructora.